

DISCURSO XXI.

Sobre el mismo asunto.

Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei.

(David, LXXXVI, 3.)

EL Cristianismo tiene una vida propia, inmortal y gloriosa, al mismo tiempo que admirablemente instructiva y llena de consoladoras esperanzas. Vida de amor esencialmente comunicativa, que sin disminuir ni deteriorarse jamás, se difunde de siglo en siglo en el espíritu y en el corazón de todos los discípulos de la Cruz, renovando todas las grandezas, todas las maravillas, y todas las misericordias de Jesucristo. Los anima á la pelea, los sostiene en el combate, los acompaña en la soledad, y les sirve de antorcha resplandeciente en las incertidumbres de este valle de lágrimas: esta vida es la vida de la fe. Ciertamente, cristianos, á poco que nosotros detengamos la consideración ante esta sublime verdad, nos convenceremos de que la fe divina, la fe católica, la fe de Jesucristo, es como el timón que favorece la nave de nuestra existencia, y como el aliento que nutre y corrobora nuestras almas. La fe es luz, y por eso nos alumbrá; es libro, y por eso nos presenta todos los acontecimientos de más interés para la vida de la humanidad de tal manera escritos y esplicados, que parece que los tenemos presentes. Es auxiliar poderoso de la razón humana, y así como ella penetra hasta lo más íntimo y escondido de la Divinidad, la razón sube, se arrebatá, penetra y llega hasta lo más impenetrable de los augustos misterios de la Religión. ¿Quiere la razón saber misterios exclusivos de la Divinidad? La fe nos enseña á Dios Uno en esencia y Trino en Personas nos explica el misterio de la Beatísima Trinidad. ¿Quiere la razón saber misterios de la Divinidad de Dios en relación y unión íntima con la

humanidad del hombre? La fe nos enseña que el Verbo de Dios, segunda Persona, Dios como el Padre, encarnará, se hará hombre sin dejar de ser Dios, y salvará á los hombres. ¿Quiere la razón saber cómo, cuándo, dónde y de qué manera se han de celebrar todos estos prodigios de la bondad de Dios? La fe nos enseñará el misterio de la Encarnación, del Nacimiento, de la Pasión, con todas sus circunstancias. ¿Quiere la razón saber cómo triunfa Dios de Satanás, cómo se instituye la Iglesia, cómo se propaga el Evangelio y todos sus seguidores se unen con los vínculos de la caridad? La fe nos explica la Resurrección de Jesucristo, su Ascensión á los cielos y la descensión del Espíritu consolador sobre las cabezas de todas las criaturas llamadas á participar de tanto bien. Pero la razón quiere más, y lo quiere con fundamento: quiere saber cuál será la criatura que sirva como de piedra primera en el orden natural á los misterios de la redención. Y la fe nos indica á María, escogida sobre todas las mujeres; á María admirablemente Santa, dichosamente favorecida, justísimamente preservada. La fe nos enseñará un misterio siempre venerado y no visiblemente definido, que es la Concepción de María Santísima, asunto de este discurso.

Ave Maria.

El misterio de la Inmaculada Concepción prepara y compendia y contiene lo más grande, lo más santo y lo más glorioso que puede decirse de María Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei.* Uno de los testimonios más luminosos de la verdad y de la sublimidad de los dogmas de la Religión que profesamos, le encuentro yo en esa novedad siempre creciente con que se prestan á la meditación, y en esa fecundidad inagotable de instrucción con que enriquecen nuestro espíritu, siendo ella como la savia que los sostiene en medio de la ignorancia, de la duda ó de la incertidumbre. Decir misterio de fe, es nombrar una cosa que nos llena de asombro y de estupor; es como divisar una montaña de cúspide tan altísima, que toca con ella en las nubes, y tan erizada de peñigros y de dificultades, que nos hace de todo punto imposible penetrar lo que al otro lado quisiéramos descubrir. Y, á pesar de todo esto, ¡cuánta contemplación nos proporcionan los misterios! ¡Cómo arrebatan nuestras almas los santísimos designios de la voluntad divina que se realizan en cada uno de ellos! ¡Cómo elevan poco á poco nuestra mente, venciendo todos los obstáculos, y de qué modo tan prodigioso se renuevan, y nos trasforman y lle-

van por la senda del verdadero deleite, que es el amor de Dios! Pues esto que se dice y es de los misterios de la Divinidad, esto mismo se dice del misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima.

En los pasados tiempos, no hace todavía mucho, cuando se trataba de la inmunidad de Maria de la culpa original, de ese privilegio que arrebató el corazón y que tanto enaltece á la Señora; cuando todavía el oráculo infalible de la verdad, la Iglesia, no había dicho: *es de fe, créase*, las ansias vehementes de la piedad y los ingeniosos recursos de una ternísima devoción por una parte, las discusiones y debates de las escuelas católicas sobre este punto por otra, parece como que se esforzaban de una manera inconcebible y agotaban todos los medios imaginables para aglomerar en torno de Maria, en el instante de su Concepcion, todas las figuras y símbolos, todos los carismas y virtudes, todas las excelencias y perfecciones, todos los privilegios y prerogativas imaginables para no desmayar en tan dulcísima creencia y para confirmarse más y más en la verdad de esta grandeza sobre todas las grandezas de la Señora. Pero sonó la voz del Espíritu Santo, habló la cátedra de San Pedro, definió el Pontífice, y parece que todo razonamiento había concluido. Parece que no había más que decir: «Maria Santísima fué concebida sin pecado original,» y el misterio quedaba explicado hasta donde nos era necesario, y concluido también el encomio y la alabanza de esta Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso. Y, sin embargo, cristianos: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*, exclama el Profeta; gloriosísimas cosas se han dicho de tí, Ciudad de Dios; mucho es lo que se ha ensalzado tu grandeza, mucho es lo que se ha dicho, pero todavía más lo que queda por decir de tu purísima Concepcion. Y ciertamente, la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es un misterio tan abundante en grandezas, en gloria y en santidad, como lo es la misma criatura preservada del pecado original. Es un río que se deriva de otro río, es un mar que se desprende de otro mar; un asunto que se presta incomparablemente á las alabanzas de Dios, á la oración, á la elocuencia y á la poesía. Es un misterio que prepara, y compendia, y contiene lo más grande, lo más santo y lo más glorioso que puede decirse de Maria Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*.

Y es innegable: decir de Maria Santísima que fué exenta de la culpa original, es acercar en derredor de esta benditísima criatura llena de gracia, todo lo más hermoso, todo lo más encantador y peregrino que ofrezcan las primicias de la naturaleza. Es

dar á Maria Santísima en su concepcion la fragancia de las flores más delicadas, la sonrisa de las aguas más cristalinas, el resplandor de los luceros más brillantes. Es como regalarla para adorno de la estola de su inocencia original, las esmeraldas y los rubíes que habitan en las entrañas de la tierra, y los corales, los nácares y las perlas que viven en las profundidades del mar. Decir Maria Inmaculada, es tanto como traer á sus piés el arca de Noé, la paloma del diluvio, la oliva de reconciliación, y el iris de la alianza. Es como rendirla para trofeo de su grandeza la zarza incombustible de Moisés, la floreciente vara de Aarón, el arca de santificación de David, la maravilla de Isaías y el lecho de Salomón. Decir concebida sin pecado original, es decir á Maria Santísima rosa odorífera, jardín cerrado, fuente sellada, nubecilla ligera, propiciatorio del templo, arca verdadera del Testamento, y tabernáculo santificado del Altísimo. Es decir que en Maria Inmaculada todo se vé, aún lo menos visible, y todo se comprende, aún lo más incomprendible, porque se vé una criatura más apreciable que el oro, más estimada que la plata, más suave que las flores, más dulce que la miel, y más agradable que la música más armoniosa. Es decir con toda verdad que se vé en Maria Santísima un portento en el orden de la naturaleza, y un portento todavía mayor en el orden de la gracia. Esto en cuanto á preparar grandezas; en cuanto á contener santidad, no es menos fecundo y abundante el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima. Veámoslo.

¿Qué es el pecado original? Un monstruo horrible arrojado del abismo para infestar al mundo con su corrupción: es un infierno anticipado que no se presta á exactas descripciones. Y al contemplar á Maria Inmaculada ya nos convencemos de que Dios no ha podido consentir que un sólo instante fuera presa de este monstruo, víctima de este tirano, sierva de este infierno. Concepcion sin mancha es considerar ya á Maria Santísima como la realidad de aquella mujer que vió San Juan, revestida del sol, á sus plantas la luna y coronada de estrellas. Aquella Jerusalem nueva que descendía del cielo, engalanada y adornada como la esposa que sale al encuentro de su esposo. Como si dijera el Apóstol, es Maria Santísima revestida de toda justificación y toda gracia; libre de toda iniquidad y de toda imperfección y enriquecida de todas las virtudes. Pero de tal modo, que excede á lo que la criatura más santa pudiera recibir, y á lo que el entendimiento más despejado pudiera imaginar. Es muy poco decir llamarla hoguera de la fe, océano de la esperanza y horno de la caridad: es muy corto

expresar decirla torre de la fortaleza, espejo de la justicia, en la templanza un embeleso y en la prudencia un milagro. Es nada alabar llamándola Angel por su modestia, Arcángel por la prontísima voluntad con que sirve á Dios, Querubin por la ciencia y Serafin por el amor que nutre su corazon hácia el Supremo Hacedor y todas las criaturas. Maria Inmaculada es la expresion, la fórmula con que se significa una criatura que encuentra gracia delante de su Señor, á quien se aplican anticipadamente todos los méritos del que será su Hijo en el tiempo, y á que corresponde volando como el águila por el camino de la perfeccion. Maria, sin pecado, supone la gloria de Jerusalem por su acrisolada virtud, la alegría de Israel por su incomparable perfeccion, y el esplendor y el embeleso del pueblo cristiano por su esclarecida y altísima santidad. Grande y santa nos representa á la Reina de los cielos el misterio dulcísimo de su Concepcion inmune, y nos la representa tambien infinitamente gloriosa.

No podemos considerar atentamente este misterio sin que se agolpen á nuestra imaginacion ideas diametralmente opuestas y encontradas; sin que acudan á nuestros ojos lágrimas de dolor y de alegría, y sin que comprendamos una vergonzosa humillacion y una sorprendente glorificacion. Realidades encontradas son Eva y Maria; las lágrimas, el pecador y el perdon; la humillacion, la caida de nuestra primera madre y la preservacion de nuestra Madre segunda. Es este misterio la expresion más acabada de una victoria y una derrota, y despues de otra derrota y otro triunfo; me explicaré: en la caida de Adan la victoria queda por Lucifer; la vencida es toda la humanidad. En la Concepcion de Maria el destruido es Lucifer, la triunfante es Maria, y con Ella todos sus hijos, todos los hombres; y aquí empiezan las glorias de esta Señora, compendiadas y contenidas en su purísima Concepcion. El alma de la celestial Esther es formada por el divino y omnipotente Asuero, el Padre Eterno, que la enriquece con lo más señalalo de su omnipotencia; es formada por el Sapientísimo divino Salomon Jesucristo, que deposita en el alma de la Santísima Betsabé todos los raudales de la increada Sabiduria; y toma parte en esta formacion el Jacob eternamente enamorado, el Espíritu Santo, que corteja, que embellece y hermosea á su perfectísima Raquel, Maria Santísima, derramando sobre su corazon las influencias todas de un amor que ni se puede acabar ni corromper. Es decir, que la primera gloria que se admira en la Concepcion de Maria Santísima es el haber sido formada por la Beatísima y augusta Trinidad.

De este se desprende la exaltacion á su dignidad de Madre de

Jesucristo, de Madre de Dios, del Libertador del mundo, del Vencedor del pecado, de Satanás y de la muerte. Como si dijéramos, se vé á Maria Santísima colocando su planta virginal sobre la cabeza de la serpiente maldita, llevando al género humano por el camino de los triunfos, y ostentando el lábaro de sus conquistas el timbre de su Inmaculada Concepcion. Y de Madre de Dios resulta otra gloria incomparable, arrebatadora y admirable para la Señora. ¿Sabéis cuál es? ¿No os la dice ya vuestro corazon? Es la gloria de ser elegida y oficialmente destinada para Madre de los hombres.

Aquí, señores, enmudece la lengua del hombre y empieza á hablar la del Angel: Maria, Madre de los hombres, eso nos dice su Concepcion sin pecado original. Maria, Madre de los hombres, fuente de consuelo para los hombres, abismo de esperanzas para los hombres, océano de misericordias para los hombres. Y ¡cuánta gloria no la resulta de ser nuestra querida, nuestra dulcísima Madre! ¡Cuánta gloria no conquista de ser consuelo del afligido, remedio del necesitado, amparo del niño, compañera del jóven y báculo del anciano! ¡Cuánta gloria no recibe de ser canal de oro que hace á Dios benéfico y al hombre agradecido, conducto seguro para recibir bondades, poderosísima medianera de intercesion eficaz, guia segura para la predestinacion, señal de salvacion, infalible norte de los justos y esperanza de los pobrecitos pecadores! ¡Cuánta gloria no obtiene...! Pero, basta. Inmediatamente que decimos que Maria Santísima fué concebida sin pecado original, advertimos que corona todas sus grandezas, su santidad y su gloria el título delicioso de *Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso*. ¿Qué es la santidad sinó la virtud desde el origen de la vida hasta su fin, la pureza de las costumbres, el perfecto amor á Dios y el perfecto amor al prójimo? ¿Qué es la santidad sinó la humildad, la contemplacion, la caridad, la abnegacion, el desprendimiento y el sacrificio de sí mismo? Y ¿quién más Santa que Maria? ¿Quién más pura en su origen que un alma que es exenta de la culpa original? ¿Quién más honesta que una Madre Virgen, más abnegada que una esclava del Señor, y, finalmente, más enriquecida de mejor sacrificio que una Madre que ofrece en sacrificio á su Hijo y á sí misma por la salvacion de todo lo que habia perecido?

¡Madre del Amor Hermoso! ¡Bien lo dice, Madre mia el misterio de tu Inmaculada Concepcion! ¡Qué cosa más amable y más amada que la pureza! Y ¡qué pureza más amable que la vuestra, existente ántes que la tierra fuera hecha, y que con Vos salió

cuando salisteis de la boca del Altísimo, engendrada ántes que ninguna criatura! ¿Qué criatura más amante ni qué corazón más á propósito para amar que aquel que no está inficionado con la gangrena de la abominacion y del desorden? Y ¿qué corazón más puro que ese vuestro corazón, por cuya sangre no ha corrido nunca la ponzoña del pecado original? Decid, Virgen Santísima, porque podéis decirlo con toda justicia: «Yo soy la Reina de los Santos.» *Ego Regina Sanctorum omnium.* Publicad, porque bien podéis publicarlo, que sois la Madre del Amor Hermoso. *Ego Mater pulchrae dilectionis.* Porque nadie lo duda, porque todos lo creemos, porque nos confirma en esta verdad el misterio de vuestra Inmaculada Concepcion, que prepara, compendia y contiene todo lo grande, lo santo y más glorioso que puede decirse de esta Ciudad de Dios, Emperatriz de los cielos, co-redentora de los hombres, nuestra Madre Maria Santísima. *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei:* y porque en la confesion y devocion á este gloriosísimo misterio nos prometemos torrentes de gracia y de virtud en este valle de lágrimas, y de luz y de inefable inmortalidad en las mansiones de la gloria. Así sea.



DISCURSO XXII.

De accion de gracias por haber declarado la Santidad de Pio IX dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima.

*Haec est victoria quae vincit mundum:
fides nostra.*

(Epist. B. Joannis. Ap., cap v, v. 4.)

Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe.

(Carta de San Juan, v., 4.)

SALID, hijas de Sion, y contemplad á vuestra Reina y Señora, á quien alaban los astros de la mañana, cuya hermosura admiran el sol y la luna, y en quien se regocijan todos los hijos de Dios. Apresuraos almas tan felices como habéis sido fieles á esa piedad que desde el primer instante inculcó en vuestras venas el agua regeneradora del bautismo, y que tan bien supo inspirar, sostener y vivificar el ejemplo de vuestros mayores. Los que yaciais sentados á la sombra de un deseo vehementísimo que ha empujado tantos siglos y sepultado tantas generaciones; los que habéis comido el desabrido pan de la incertidumbre, cuando en ruidosas alternativas se agitaba la controversia de un punto que es embeleso de vuestro espíritu y recreo de vuestro corazón, levantaos; y levantaos para engrandecer al Supremo Señor que ahora y siempre merece la rendida adoracion de todos los pueblos y de las gentes todas, porque se ha confirmado en nosotros su infinita y eterna misericordia. ¡Yo te saludo, día ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, escrito con caracteres de gloria en el Código de los decretos inescrutables de Dios, grabado en láminas de oro en los fastos de la Religion y de la Iglesia, y escrito y conservado con innata veneracion en el alma de todos